

ñach, el gran Jorge Mañach, amigo de los escritores de España en su "1930", la revista de avance, se parece mucho a Marichalar, sí; ¡hasta en lo físico se parece! En cuanto al grupo que rodea la publicación y que la anima, me da la sensación de ser uno de los más serios, austeros y firmes de América. Además... —dice en tono zumbón.

Vuelve a callarse Federico.

—¿Qué?
—Que soy, por primera y acaso única vez en mi vida, un descubridor. He descubierto un poeta. El dice que es vanguardista y ha fundado

El drama

—¿Y eso es todo?

—Todo.

—Busca. Acaso quede más.

—¿No puedo reservarme nada?

—Nada. Ni el título de ese drama que has escrito.

—Lo sabes; bueno. Pues se titula "El público". Y se compone de seis actos y un asesinato.

—¿Para quién no el asesinato, sino la obra?

—No sé si será muy representable en el orden material.



El poeta granadino con el pintor catalán Dalí, en Barcelona.

"el Pombo Sagüero", a imitación de la tertulia ramoniana de aquí.

—Y se llama...

—Carnicer Torres. Escribió acerca de mí un artículo en el que me llama "poeta ipotrocismo". A mí me dio un vahído cuando leí la calificación (1).

—Y de Cuba, concretamente, ¿qué impresiona más?

—A mí, su música. Después de terminada mi actuación de conferenciante, yo me quedé a estudiar la música.

—¿Y piensas volver?

—Ya lo creo; no he terminado. Volveré, y también a Nueva York.

Los principales personajes del drama son caballos.

—Maravilloso, Federico.

Ya todo: los veinte minutos

En veinte minutos de paseo se dice bastante con el habla y hasta se anda —si se va de prisa— bastante con los pies.

Luego se escribe poco o mucho —según— con la pluma, la máquina o los pies —también según— lo que se ha oído... Ya todo.

—Federico, gran poeta Federico, mi mejor abrazo. ■

MIGUEL PEREZ FERRERO.

(1) El artículo en cuestión se titulaba nada menos que "El epicentro psicógeno y la euforia en la rítmica lorquiana", y empieza así: "García Lorca, poeta ipotrocismo, el que ha dado un epónimo a la nueva rítmica literaria, nos ha visitado no ha muchas horas y desde el tríptico escenaril del tallano caserón 'principal' nos dio toda la euforia de su ritmo".

Lorca, tan aficionado a la prolección verbal, se disparó inmediatamente en elogios igualmente desmesurados de A. Carnicer Torres y su peregrina prosa. Al escritor cubano Emilio Roig de Leuchsenring le habló en Cuba, en abril de 1930, para la revista *Carteles*, de "lo más fenomenal que le ha ocurrido en su vida", su encuentro en Sagua la Grande con "el hombre más extraordinario, más genial de nuestros tiempos, y tal vez, también, de todos los tiempos". "He tenido la gloria —añade— de que ese verdadero superhombre escribiera un juicio sobre mí, sobre mi obra poética, sobre mis conferencias, que lo considero como mi verdadera y definitiva consagración, el elogio más alto que de mi personalidad literaria puede haberse hecho". ■ E. M.

LIBROS

No sólo testigo

Los enfoques sobre nuestra guerra civil han sido y seguirán siendo literariamente múltiples, pero apenas alguno goza de la riqueza, sinceridad, amargura y pasión por la dignidad humana que transmite cada página de Max Aub. Se publican ahora varios cuentos suyos de importancia clave en el conjunto de su obra, bajo el título de uno de ellos, "La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco" (1). Son narraciones escritas en México, que abarcan desde 1944 a 1960; hay entre ellas algún apólogo irónico, como "Historia de Jacobo", en la que un cuervo plasma lo que ve de la convivencia entre los hombres; pero destacan los apuntes sobre las últimas horas de la derrota republicana, los campos de concentración en el Sur de Francia, en el yermo argelino, la galería inconcebible de los internados, más o menos enloquecidos, tenaces, abólicos, brutales o tiernos. Es un libro sobre ellos, los que perdieron ante el fascismo y, por no agechar cotidianamente la cabeza, por no pisotear su propia dignidad, cruzaron en trágico revóltilo la frontera pirenaica para iniciar un confuso calvario de ve-

jaciones y callada lucha por sobrevivir.

Pero Aub en absoluto es lacrimógeno. Algo que le eleva como escritor por encima de tantos testigos bienintencionados de aquellos años de sangre y estupor es la explosiva mezcla de compasión e ironía que maneja. El relato que da título al volumen compendia bien la visión que sobre los compañeros exiliados en México tuvo Aub desde el principio. El, que fue uno más, que murió allí sin siquiera haberle dado tiempo a saber el fin de Carrero, nos muestra tertullas bravucanas, inútiles, ancladas en un pasado destruido por la victoria fascista; nos habla de la incapacidad de tantos republicanos para husmear la realidad del país que los acogía, de la esterilidad de sus odios, añoranzas y palabrería. Sin pasarse tampoco de rosca, sin quedarse fuera como el único listo aprovechando su condición de anónimo narrador, Max Aub practica algo que siempre figuró en su decálogo de escritor: ceñirse a lo que la realidad es, no hacerse ilusiones.

Y lo mejor del caso, para enseñanza de tantos denostadores del realismo, es que nada hay de garbancero en Aub. Su prosa es un prodigio de humor, de sentido de experimentación, sus descripciones saben combinar lo fulgurante con la extrema precisión al nombrar: angustia, al hojear este libro, o su "El laberinto mágico" (2), comprobar qué huérfanos de

(1) Seix Barral, Biblioteca Breve.

(2) Alfaguara.

Max Aub.

